

CELCIT. Dramática Latinoamericana 219

EL SONIDO DE TU BOCA

Inmaculada Alvear

Premio Calderón de la Barca 2004

PERSONAJES: 7

Laura muda

Laura que habla por Laura

Helena

David

Sergio

Abuela

Otras mujeres

I.

Salón de actos de una Fundación mimada por los poderes públicos. Sentados en la mesa presidencial David y Laura. Habla David y sin embargo, es el pensamiento de Laura el que nos convoca y al que escuchamos como si nos hubiéramos inmiscuido en algo íntimo y esencial.

Laura.- La primera gota de sudor la he sentido caer por detrás de mi oreja cuando has empezado a hablar. Entonces he caído en la cuenta de que me sé tus palabras de memoria. Y no entiendo por qué ahora y no antes, por qué hoy y no ayer. Y me revuelvo en la silla por estar presentando la Fundación que creó mi padre pero que tú has sacado brillo con tanta beca y tanto museo. ¿Por qué te he apoyado entonces todo este tiempo? Luego ha venido un leve ahogo. Cuando has

pronunciado el nombre de papá. Suena mal en tu boca ese nombre. Por primera vez suena mal. Y a las primeras gotas, han seguido otras más que corrían por la espalda y por debajo de mis tetas como si fueran ríos, o eso me ha dado la impresión. No me entiendo, me gustas tanto. Pero tus palabras suenan distintas, son las mismas, pero ahora de repente siento que te ha venido bien que papá desapareciera. Es un sentimiento absurdo que no sé explicar, por eso duele, por eso gotea. Y pienso de pronto en mi abuela como si ella me pudiera ayudar a comprender. Mi abuela que dice frases de agorera desde que se tomó un litro de ayahuasca. Sigues con tu discurso mientras pones tu mano en mi pierna, siempre me ha gustado que subas despacio, sintiendo tus dedos en mi carne. Hoy, no sé. Será por mi sudor. Por mi ahogo. Porque ya no sé si estoy contigo o contra ti, que no siento apenas tu piel y aprieto tu mano por si es un sueño. La aprieto hasta hacerte daño. Y me miras de reojo como si no entendieras. Yo tampoco me entiendo. Mi ombligo retiene unas cuantas gotas que han ido descendiendo desde mi escote, y notas mi intranquilidad y hasta creo que tartamudeas. Pero mi cabeza pulula entre mi entrepierna y mi abuela, entre mis interrogantes y tus últimas palabras. Por eso mis uñas se clavan diciéndote que pares. Y tengo la impresión de que todo el mundo se está dando cuenta. Aunque mamá no me deje ir a verte abuela, lo voy a intentar por todos los medios. Averiguaré dónde te encerraron. Te lo prometo abuela. Te aplaudo mientras mamá te tira un beso con los labios muy juntos, para que no se note mucho, ¡pero si sois la comidilla de la prensa del corazón! La pareja del año por su dedicación a la investigación y a las relaciones con las culturas amazónicas. Baile chic en beneficio de una fundación para el mestizaje y en pro de las culturas del Amazonas. Un pelotazo, dijiste con ese gesto que me gusta tanto. Yo solo tengo que descubrir el busto de mi padre. El busto que ha hecho un eminente escultor muy de moda entre los banqueros. Y dar las gracias. (Un hombre se levanta al mismo tiempo que Laura. La mira, le saca una foto y anota algo en su cuaderno.) Las gotas han descendido suavemente por mi pubis hasta mezclarse con los últimos movimientos convulsos de un orgasmo frustrado. Me sonrío. Pero yo ya no te veo, hay otra mirada que acapara mi atención. (Desconcierto. David sujeta a Laura, que no parece

reaccionar y descubre el busto. Aplausos. Laura y el hombre siguen mirándose.)
 ¡Shhhh! Mi mente grita, por favor, detengan a ese hombre...
 Detengan a ese...

Laura se dirige a la puerta por la que ha salido el hombre. Murmullos. Laura se queda estática, perdida, absorta, en otro lugar. Oscuro.

II.

Mesa del interior de una cafetería insustancial, recargada y oscura.

Helena.- Tiene que haber alguna forma de arreglarlo.

Sergio.- Ay Señora, es usted muy graciosa.

Helena.- Dígame qué le puedo dar a cambio.

Sergio.- Nada, solo quiero lo que me pertenece, ya le dije.

Helena.- Pero no se da cuenta de que es una locura, después de tantos años.

Sergio.- ¿Le parece? Ha sido mucho tiempo sin recibir noticias tuyas. Le envié una nota de condolencia por el fallecimiento de su esposo. Con él teníamos promesas, compraba nuestra espera, con usted silencio.

Helena.- Por favor, ¿qué es lo que va a hacer? A ella le está costando mucho superar la muerte de su padre y si ahora usted le cuenta...

Sergio.- Por eso mismo. Su esposo ya sacó provecho de esta transacción, es hermosa la fundación... mucho. Yo aún ninguno. ¿Se da cuenta la injusticia?

Helena.- Tengo algún cuadro de valor, tengo joyas... Estoy segura de que podría conseguir dinero.

Sergio.- Señora, no vaya a comparar, su hija es mucho más valiosa que todo eso. Y además es tan linda.

Helena.- Por favor, déjela en paz.

Sergio.- Recuerde que no fue mía la idea.

Helena.- Y la memoria de mi marido, ¿le dice algo? Su recuerdo es intachable.

Todo lo que hemos hecho hasta ahora se perdería.

Sergio.- Señora yo solo quiero lo que es mío. No es mi deseo perturbar la memoria de su esposo...

Helena.- Y la de su padre, la de su tribu...

Sergio.- Señora, ¡no se haga la chistosa! la vida para un indígena de una tribu del amazonas tiene diferente valor que la de un emérito profesor en occidente.

Helena.- Le invito a que acepte lo que le he ofrecido, hay otros intereses en juego y creo que...

Sergio.- ¿Pretende asustarme?

Helena.- En absoluto. Le estoy diciendo la verdad. La Fundación es una institución con prestigio en el campo de la investigación. Se han creado becas, está creciendo el Museo, se da cuenta de lo que supondría.

Sergio.- Yo solo estoy interesado en una cosa, no me haga cargar con todas las demás.

Helena.- Pero tiene que haber algo que usted quiera y que yo le pueda dar.

Sergio.- Ya lo sabe y no hay posibilidad de cambio. Su hija es divina y ardo en deseos de conocerla... mejor. Permiso, señora pero me tengo que marchar.

Gracias por su té. Fue un placer conversar con usted.

Helena.- ¡Espere...! ...y yo, yo... ¡Mire..., míreme! ¿No le gusto? No se ría. No hay muchas mujeres como yo. Firmaría lo que usted me pidiera..., pero a ella déjela en paz. Se lo suplico.

Sergio.- Señora, me siento halagado. Usted ya es una fruta madura, rica no cabe duda, pero madura, y su hija... como explicarle sin ofenderla... su hija... Sí, usted me gusta... pero no era parte del pacto.

Helena.- Oiga, insolente. Le advierto que si le va hacer daño... No se lo perdonaría.

Sergio.- ¿Qué está diciendo?, no se lo perdonaría a usted o a mi.

Oscuro

III.

Hall de entrada de la Fundación. Enormes cristaleras con puertas inteligentes que se abren y se cierran cuando perciben un cuerpo humano. Las imágenes de Helena y Laura se multiplican en todos los sentidos por el efecto de estas

cristaleras. Incluso el movimiento de una puerta puede hacer que la imagen de una de ellas desaparezca por un breve lapso de tiempo.

Laura.- Me he encontrado a mi madre en la entrada de la Fundación. Estaba alterada, tenía cara de haber visto un fantasma. Entonces he aprovechado este maravilloso momento para abordarla. Le he dicho que pienso escribir un libro sobre la ayahuasca. Se me ocurrió el otro día, cuando vi a ese indio en la conferencia, ese indio. ¡Qué indio!

Eso no se lo he dicho. Todo lo que a mi me gusta, ella quiere quedárselo. Y le he dicho también que quiero visitar a la abuela y hablar con ella. "Sí, visitar a la abuela, has entendido bien. Visitar a la abuela" Ha montado en cólera. Sus manos no se movían, ni un gesto la muy desconsiderada. Cuando está enfadada sólo chilla. Yo la oigo igual, pero me resulta mas dulce cuando utiliza las manos, porque se las cojo y se las acaricio. Me ha dicho que la ayahuasca estaba muerta, "¡muerta! ¡muerta! Que se te meta bien en la cabeza". "No quiero que se asocie a la Fundación con un alucinógeno." Que ya no interesan esos temas y que la Fundación está para otras cosas. Me miraba furiosa. ¿Para qué cosas, eh? La ayahuasca es... La siento dentro de mi. Esa palabra se revuelve como una víbora en mis entrañas y quiero saber por qué. Yo no puedo gritar, así que enfatizo mis signos con movimientos bruscos: yo también quiero que me oigas, pesada. "La ayahuasca murió con tu padre." Me respondió hecha un basilisco. Las enormes cristaleras de entrada a la Fundación se tragaban las frases de mi madre y por momentos su cuerpo. Su cuerpo de mujer vieja cuidada a base de bisturí. ¡Estás buenísima mami de verdad, me lo dicen mis amigos! ¡todos mis amigos quieren echarte un polvo! Me he girado para no verla, para que me dejase en paz. Cuando habla así de papá no lo puedo evitar.

Pero me ha agarrado del brazo despiadadamente. Yo le he sacado la lengua como cuando era pequeña, porque sé que eso la fastidia y he salido corriendo por esa puerta lateral que comienza a girar sola antes de que te hayas acercado. Entonces, me he vuelto y la he tirado un beso y he visto como su mano se pegaba al cristal y me miraba como a una niña pequeña que acabara de hacer una

travesura. Ha escrito con sus manos una palabra en el aire: "¡Hija...!" Mamá, te quiero. Te quiero tanto. "Voy a hacer lo que me de la gana" Me encanta que me mire así, furiosa, eso significa que estoy viva.

Oscuro

IV

Despacho en la Fundación lujoso y moderno. Helena fuma delante de un enorme ventanal. Cielo azul rabioso y edificios recortados de una ciudad al fondo como si fuera una postal.

Helena.- Me esperó, comprendes, me esperó a hurtadillas, a la salida de la Fundación. Me llevé un susto.

David.- ¿Un susto? Aún estás pálida.

Helena.- Me agarró una mano para que no me hiciera la loca y me diera media vuelta. No le reconocí. Iba vestido normal. Como nosotros.

David.- Qué asco. ¿No habrá visto a Laura?

Helena.- ¡Estaba en la presentación del otro día! El indio ese con camisa blanca. Y trae todo lo que firmó Roberto. Todo muy bien guardado en una carpeta azul con una hoja de ayahuasca pegada. Tirité.

David.- Está bien, está bien, tranquila. (La abraza. Ella intenta separarse.) Tenemos que conseguir esos papeles. (Él intenta desabrocharle algún botón de la blusa. Ella no se deja.) Relájate. Tienes que respirar. ¿Te has visto? Anda tontina, (la masajea los hombros y la besa en uno de ellos) si sólo quiero relajarte, respira hondo, estás tensa. Un masaje de los míos te vendría de perlas.

Helena.- Le he ofrecido de todo, dinero, joyas, cuadros y.... y... no quiere nada mío a cambio.

Sentí su aliento. Sus ojos penetrantes. No se puede acercar a Laura.

David.- ¿Y qué más le has ofrecido, reina? Estas tetitas son mías.

Helena.- ¡Qué desagradable eres!

David.- Cuéntame cómo te miró, se te insinuó, ¿verdad? ¡Qué cabrón!

Helena.- ¿Crees que eso es importante? Lo importante son esos papeles que desplegó encima de la mesa. Uno a uno.

David.- Tenías que haberle escrito, como hacía Roberto. Le mantuvo a raya todos estos años. Una carta, una foto, una promesa y dinero. ¡Funcionaba!

Helena.- Tú también querías que todo terminase.

David.- Pero, hemos creado un monstruo, un monstruo que se alimenta solo, y si perdemos, si perdemos... (Juega mordisquearla) Nos jugamos mucho...

Helena.- Le he querido decir: Por favor no se acerque a Laura. Todavía no. Ella le vio morir. Él me ha mirado con una sonrisa amplia sin malicia, una sonrisa...

David.- ¿Sin malicia? ¿Con esa carpeta y sin malicia?

Helena.- Se lo he querido decir, pero me ha dejado tirada. ¡Tirada! Ni siquiera me ha invitado al té.

David.- ¡Tranquila! No se va a salir con la suya ese cabrón. Suelta los brazos, y la nuca, uff ¡cómo tienes la espalda!

Helena.- ¿Pero qué haces, idiota? Espera, David... ¡Por favor...! Discúlpame.

David...

David.- (Silencio. Llevándola al sofá) Está bien, no digas nada. Por favor, déjame a mi. Ya lo he olvidado.

Helena.- No, escucha... es que ahora... quizás... no sea el momento.

David.- Siempre es el momento. Hoy estás tan seductora con esos ojos tristes.

Helena.- Ese chico no se me va de la cabeza.

David.- Para eso estoy yo aquí. Para quitártelo de la cabeza.

Yo te voy a ayudar a buscar todas las cartas de Roberto, todo lo que... Confía en mi... (la sigue besando, la desabrocha la camisa...) ¡qué buena es mi niña! ...

haya escrito y firmado Roberto... Anda sé buena y abre un poquito tus maravillosas piernas... yo sé que te gusta... ¡ábrelas! ¡así! que tenemos muchas cosas que pensar. Llevas el perfume que te regalé.... ¡Ah! Y nada de tirarlas, de acuerdo. Las traemos... (Helena se deja hacer sin rechistar.) ¡Mmmmm! Las traemos a la Fundación y... ¡Dios mío Helena es que me pones!

Oscuro.

V.

Descansillo oscuro. La madre saliendo del estudio del padre un poco alterada. La

puerta sin cerrar todavía. Una bolsa de basura en la mano. El aliento contenido de ambas al reconocerse se convierte en silencio.

Helena.- ¡Dios mío, hija, qué susto! Creí que tenías una conferencia esta tarde. ¡Uff! Quería darte una sorpresa y ordenarte un poco esto. Ya me iba. ¡Hace un frío morrocotudo en el estudio! Venga, vamos.

Porquería que tenía por ahí tu padre, ya sabes como guardaba todo. Tranquila, respira. Has subido corriendo, ¿verdad? Si son papeles inservibles, hasta el recibo de un guardarropa. Era un caso.

Laura.- ¡Mamá! Yo quería entrar y ver como había dejado todo y coger mi cuaderno donde tenía las notas de mi conferencia, pero ella me empujaba hacia las escaleras y sé que no era por el frío. Su piel la delataba, estaba cálida y encendida. Ayer mismo le había dicho: No toques nada, mamá. "Te dije que no tocaras nada"

Helena.- Sí, cariño. Sé que me dijiste que no tocara nada, pero te aseguro que no he descolocado ningún libro. ¿No querrás conservar esta porquería?

Laura.- No quería irme. Entrar en el despacho me da fuerzas. Es mi santa sanctorum, pero ella me empujaba

Helena.- Venga anda vamos, aquí en el descansillo hace frío y con este traje que te has puesto vas a pillar un resfriado. Además, ¿a qué hora tienes la conferencia?

Laura.- Le dije lo del cuaderno, a ver si así...

Helena.- Sí, sí ¿uno pequeño y cuadrado? lo tengo aquí en mi bolso. Estaba encima de la mesa. No, no entres, no hace falta, lo tengo aquí, en el bolso.

Venga que estoy helada. Sí, tranquila, ya te lo doy, ya te lo doy. Anda vamos.

Cómo vas a ir con esta bolsa de basura a la conferencia. Estoy un poco cansada.

Pero está bien iré contigo. ¿Y si la dejamos aquí y vuelvo luego a por ella? No te preocupes no volveré a entrar sin tu permiso. Sí, lo sé. Lo sé, no te pongas así.

Laura.- En mi cabeza, la noche que encontré a papá. Y mi obsesión desde entonces...

Helena.- Claro que he apagado la estufa. ¿Crees que después de lo que le pasó a tu padre se me va a olvidar la estufa?

La madre echa un vistazo por la ranura que mantiene abierta, una mirada rápida y, a su pesar, cierra finalmente la puerta con llave.

Helena pone a Laura un chal sobre los hombros. Las manos se tocan y se escurren buscando otro calor.

Oscuro.

VI.

Últimas palabras de una conferencia para sordo-mudos. Laura se comunica mediante signos. Proyecciones de rituales con ayahuasca.

Laura.- (Laura por signos. Una mujer traduce) El documento al que hago referencia afirma que: "Para alcanzar la sabiduría de Dios, nosotros Secoya (los secoya es el nombre que reciben los chamanes) toman Yagé (ayahuasca).

Nosotros creemos en Nañe, el uno y sólo Dios, y nosotros tomamos yagé para localizarlo. Yo me lo he encontrado".

Como ya les he contado anteriormente la ayahuasca es una bebida mágica que se hace en la selva amazónica desde hace miles de años y que está compuesta por dos o más plantas diferentes que produce profundos efectos mentales, físicos y psíquicos, por este motivo se la conoce como planta maestra o vino de los dioses. Los chamanes la utilizan como planta curativa...

El hombre de la vez anterior se pone de pie, haciendo bastante ruido, la mira y anota algo en una libreta.

Laura.- (Laura por signos. Una mujer traduce) Usted quiere hacer alguna pregunta.

Silencio.

Le estoy preguntando a usted. Sí, a usted, al señor que se ha levantado. ¿No quiere preguntar nada? Pero no me mire. Ya que no me deja terminar... ¡Diga

algo, por dios! ¡Qué pasa que usted lo sabe todo de la cultura Shuar! ¡Espere, oiga! No, no se vaya.

Helena que se ha incorporado con la bolsa de basura, mira a su hija, se acerca al hombre y lo empuja con violencia hacia la puerta. La bolsa se engancha con la mano del hombre y se rasga por un lado. Algunos papeles caen al suelo junto con una foto de Laura cuando era niña. Murmullos del público ante la confusión.

Laura.- ¡Mamá, mamá! ¡Dios mío, la bolsa! ¡La bolsa con los papeles!
¡Eh! ¡Oiga! ¡Espere! ¡Mamá! ¡Soy yo!

Laura se ha desmayado con algunos de los papeles que ha recogido del suelo entre las manos y su foto a su lado.

Oscuro.

VII.

En un hospital.

Helena.- ¿Qué te dije? Un periodista. Quiere escribir un artículo sobre tu padre. Nada del otro mundo. El médico me dijo que volvieras a tu medicación anterior. Te puede estar afectando el reencontrarte con las cosas de tu padre después de tanto tiempo. Ya te lo advertí... pero como no quieres hacerme caso. Dice que es temporal. Que no conviene que te pases el día entero en el despacho de tu padre. Tú ya me entiendes.

No seas tonta. Te vas a encontrar mejor. Venga, abre la boca. Tómatela. Buena chica. Buena chica. Dame la bolsa. Te prometo que no la tiro. La voy a guardar para que nadie la toque. ¡Laura, suelta, por favor! No seas tonta si son sólo papeles sin importancia. Si te la ven las enfermeras, te la van a quitar ellas. Bueno, está bien guárdatela entre las sábanas. ¡Qué cabezota eres, coño! Te quiero, cariño. Aquí vas a estar bien.

David mira detrás de un cristal. Sus manos han dejado la huella del sudor que se evapora lentamente.

Laura.- (Apretando la bolsa negra. En la neblina de sus pensamientos) ¿Crees que voy a quedarme hasta que tú quieras? Mañana mismo me largo a buscar a mi abuela y al ayahuasquero. Esos ojos profundos que me miran como papá. Ese collar de ayahuasquero y esa camisa blanca de lino que tanto me gustaban en papá. Un cuaderno pequeño, como los que usaba papá. No puede ser casualidad. Me gusta. Me gusta mu...

Laura cae profundamente dormida por efecto de los tranquilizantes.

VIII.

Cualquier pasillo de hospital de un blanco que refleje la luz como una pesadilla. Uno de los fluorescentes parpadea, pero nunca llega a apagarse.

Helena.- ¡¡Pero qué se ha creído que también puede venir aquí. Lárguese inmediatamente!!

Sergio.- Ya le dije que vengo a por lo que es mío.

Helena.- Usted no tiene derecho... ¡Miré lo que le ha hecho! ¿Adónde va?

Sergio.- Sólo le quiero dejar estas flores. No quise asustarla. Solo quería que se fijase en mi.

Helena.- ¿Fijarse? La dejó en ridículo. Yo se las daré de su parte. No puede entrar a verla, no se encuentra bien.

Sergio.- Se las prometí hace un rato. Su hija está linda hasta sedada.

Helena.- ¿Quiere decir que ya ha estado aquí? ¡Es usted un geta, un caradura...! ¿No le habrá dicho nada, no la habrá tocado? Es una niña indefensa.

Sergio.- No se altere, estuve un rato con ella y me disculpé.

Helena.- ¿Por qué no toma lo que yo le ofrezco y se larga a su país?

Sergio.- Señora no quisiera ser descortés, pero si abriera la boca...

Helena.- Pida algo, lo que quiera. Si le cuenta lo más mínimo...

Sergio.- ¿Es que aún no sabe nada de mi? Ya. Se lo quiere decir usted, ¿no es cierto?

Helena.- No llevará algo escondido para darle a mi hija ahora que está débil, ¿verdad? ¿Qué la quiere hacer usted?

Sergio.- Disculpe, se acaba el horario de visitas. Mañana estas flores no estarían igual de hermosas, ¿no le parece? ¡Sería una lástima con este perfume!

Helena.- ¡Oiga...! Déjeme que las revise, que mire en sus bolsillos...

¡Enséñemelos! ¡A ver!

Sergio.- ¡Señora, por favor! Me permite. Ha sido un gusto saludarla de nuevo.

Tenga, es para usted. Le ruego me deje pasar. Su hija me espera. Señora...

Helena.- ¡Espere, espere! ¡Enfermeras, enfermeras...!

Oscuro.

IX.

Estudio poco iluminado. Es media tarde. Helena, subida en una silla escalera, está revolviendo los libros y carpetas que hay en las estanterías. Los papeles que encuentra, los arruga y los tira a una bolsa de basura negra.

David.- Fotos. Fotos de Laura por todas partes, con una sola frase: "La niña está bien, haciéndose una mujer para el futuro". ¡Coño qué cabrón! (Fotos de Laura caen a la bolsa de basura, alguna queda fuera) Aquí salía guapa.

Helena.- Por favor, te quieres callar, no me puedo concentrar en lo que estoy buscando.

David.- Estás perdiendo el tiempo ahí arriba. Anda, dame que lo pongo en la bolsa. ¡Mmmm! ¡Qué ricas tus tetitas tristes!

Helena.- Por favor, David, aquí no. Estate quieto.

David.- Me provocas, te agachas y yo, yo no soy de piedra, tú lo sabes Helena y luego te veo en ese estado en el que estás... y miro tu culo desde aquí... y pienso: a esta mujer hay que ayudarla. (Lee la carta que tiene entre las manos) ¡Qué hijo de puta! Así conseguía las máscaras para su colección. (Se la guarda.)

Helena.- Te puedes callar y ayudarme.

David.- Pero Laura tenía una conferencia hoy, ¿no?

Helena.- Ayer mismo me dijo que no quería que tocara nada. Nada, me repitió como si supiese algo. No sé qué se piensa que puede encontrar aquí. Mierda. Sólo hay mierda.

David.- ¿No se lo piensas decir?

Helena.- Quieres que le diga que su padre la cambió al jefe de una tribu por un curso intensivo sobre la ayahwasca.

David.- Si no lo haces tú, lo hará el indio ese.

Helena.- Por eso hay que encontrar esos papeles.

David.- La tenemos que poner de nuestro lado y si se lo dice tu amigo

Helena.- No es mi amigo

David.- Vete tú a saber lo que pide. No podemos arriesgarnos. Si alguien se entera

Helena.- Tengo que saber qué es lo que firmamos. Si te digo ni lo sé... Allí perdidos en la selva, ¿lo entiendes? ¡Nada! ¿Cómo es posible que guardase tanta porquería?

David.- ¿Por qué te empeñas en mirar tan arriba, tan lejos? Tenía que estar a su lado, cerca suyo, donde pudiera mirarlo constantemente. Era su obsesión. Y las obsesiones siempre tienen que estar cerca.

Helena.- Quieres decir en su mesa, ¿no? Tenía un cajón con doble fondo, lo mando construir expresamente cuando volvimos de Perú. ¡Tira! ¡Ayúdame! ¡Aquí está! Dios, será para joderme. También es una carpeta azul.

David.- ¿Este cuaderno no es de Laura?

Helena.- Sí, aquí está todo. ¡Fue hace tantos años!

David.- ¿De qué habla tu hija esta tarde en la conferencia? (Cae una hoja del cuaderno.) 2-6-9-8 ¿te suenan de algo estos números?

Helena.- Vámonos. No quiero estar más aquí. Me queman sus fotos, este lugar

David.- Esta letra no es de Laura.

Helena.- ¿Qué? (Pasa páginas.) La letra, sí la letra es de... ¡Shhh! ¿Has oído? (Le da la carpeta azul y se guarda el cuaderno en el bolso.) Quédate aquí, voy a ver. Debe de ser el portero. Echa ese papel que te guardaste en el bolsillo. Venga.

David.- (Pellizco en el culo.) ¡Qué tonta eres! Crees que todo en esta vida te puede salir gratis, amor.

Helena.- ¡Shhh! (Helena intenta quitárselo pero no puede.)

Pisadas suaves al otro lado de la puerta. Helena corre hacia ella para tocar primera el pomo. Su respiración se vuelve agitada, al otro lado, también. Oscuro.

X.

Laura.- Mi ayahuasquero. Su hoja al cuello, ¡cómo me gusta! Le hago una seña y me la regala. Él me puede ayudar, por eso le he traído al estudio de mi padre. He conseguido el teléfono de la residencia donde tienen encerrada a mi abuela, pero yo no puedo llamar, así que tendrá que hacerlo él en mi lugar. Le he traído al despacho de mi padre para que vea dónde trabajaba y saque unas fotos para su reportaje. Le enseño la colección de máscaras, que ahora son mías, las acaricio. Cojo su mano para que las acaricie también. Y me mira en silencio. Cada una es diferente. Él quiere explicarme

Sergio.- Las máscaras guardan el espíritu de quien la poseyó.

Laura.- Le miro riéndome. El destello de la foto me hace parpadear. Me acaricia la boca. Sí, desde hace seis meses, exactamente desde que murió papá, no puedo hablar, le explico. Ningún médico ha sabido explicar qué fue lo que me pasó, pero no logro que ni una palabra ni un sonido salga de mi boca. Él no parece extrañado. Acaricia nuevamente mis labios. Noto su aliento. Aliento de vida. Está tan cerca de mi. Su piel huele a selva. Pero escucho, le escribo, escucho perfectamente. Le enseño mi papel con el número de teléfono apuntado, le pido que llame y pida la dirección del lugar. Me mira sin entender por qué quiero esa dirección. Una amiga, quiero visitar a una amiga que no le gusta a mamá. Debajo de su brazo, una carpeta azul con unas hojas de ayahuasca pintadas, las acaricio. Pronuncio su nombre sin voz y toco mi cuello. Papá decía que tenía un pacto con la ayahuasca. Nunca le entendí pero debía de tener razón. Quiero escribir un libro sobre la ayahuasca, pero no quiero probarla. Me da miedo, tengo pavor desde aquel día que la abuela se bebió casi un litro y la clarividencia que le produjo, la volvió loca. Un áurea brillante que quemaba. En la peluquería dijeron que no podían hacer nada, que jamás habían visto cosa

igual. Que no le podían peinar ese pelo. Sergio se ríe con mis explicaciones. "Es distinto a todo eso. Pruébala conmigo. La ayahuasca es..." Le he cortado. Esa frase es de mi padre. Y un escalofrío baja por mi espalda como una culebrilla. Le estoy sonriendo y diciendo no con la cabeza pero sí con el corazón. Él parece entender porque coge mi mano y la lleva hasta su pecho.

Tiene unos ojos que me dan miedo. Me giro para que no me pille. Ahora que no hablo, todo lo expreso por los ojos y no quiero que me los vea. Voy a preparar algo para beber. Él comienza a cantar. Un canto dulce que alguna vez he oído a papá. Es un canto ritual que me transporta al mismo lugar en el que está la abuela. El otro lado, ese otro lado donde todo brilla y la luz no se apaga jamás. Él no lo entiende pero me siento en el suelo y me pongo a llorar. Entonces le tiendo nuevamente el teléfono para que llame. Veo la cara de la abuela y me sonrío. Él me mira. Y su sonrisa me da miedo. ¿A qué sabrá su aliento? ¿Y su sonrisa? ¿A qué sabrá su boca? No sé. Creo que no quiero que se termine este momento. Dulce. Dulce. Dulce.

Oscuro

XI.

Despacho en la Fundación. David coquetea con su polla desde el bolsillo de su pantalón mientras mira a Helena. Ella se antoja resbaladiza. Al fondo se está produciendo un eclipse de luna.

David.- Venga uno rápido. Nadie en el edificio. Desconectada la cámara de televisión del despacho.

Helena.- La noche está fría y oscura, como yo. Y Laura sola.

David.- Últimamente no quieres en ningún sitio. Siempre hay alguien acechándonos. Incluso la excelsa cara de Roberto maldiciéndonos desde algún lugar del universo.

Helena.- No puedo dejar que se entere, ¿comprendes? Qué pensaría de mi. Ni una estrella esta noche. Nada. Como la boca del lobo.

David.- ¿No lo has oído? Hay un eclipse de luna. Por eso está negro, oscuro. Ven conmigo. Quiero oír tus gritos. Helena... esos gritos que... ¿No te lo hago bien?

Helena.- Quizás no le ofrecí suficiente. ¿Comprendes? Quizás él esperaba más. ¿y qué queda por ofrecerle entonces? Está tan oscuro y ella sola.

David.- No le des más vueltas.

Helena.- Me voy. No me fío del indio ese. Con esa camisa se parece... Y luego qué le digo yo. No sabría

David.- Si son 10 minutos. Luego vas a verla. Mira, mira cómo estoy.

Helena.- Le puede estar dando ayahuasca.

David.- ¿Hay alguna diferencia si te vas dentro de 10 minutos?

Helena.- Pero

David.- Menos no puedo

Helena.- Venga, está bien. Pero rápido. Sin desnudarnos.

David.- ¡Pero mujer...! ¿Qué haces?

Helena.- Por si dejas manchas en el sillón.

David.- Y el agua para qué está.

Helena.- Es más sencillo meter la toalla en la lavadora.

Movimientos de cuerpos intentando colocarse en un sofá para follar. Sonidos guturales, besos, un trozo de piel que descubre otro pedazo que ha quedado al aire, un zapato que cae y mientras tanto la tierra interponiéndose entre el sol y la luna. Helena ruge, parece de placer. David reacciona con ímpetu. La oscuridad se hace total.

Helena.- ¡Ay! ¡Ayyy! ¡Ayyyyyyy! ¡La abuela! ¡he visto a la abuela! ¡Aaayyyy!

David.- ¡Cómo? ¿Qué? ¿Qué pasa?

Helena.- Me estaba sonriendo... hija de puta. Sonreía con sus pelos electrificados por la ayahuasca y sus ojos de visionaria.

David.- Tranquila, tranquila. ¡Shhh!! ¡Venga, tranquilízate!

Helena.- Me miraba como diciendo, ¿qué bien te lo pasas ,eh, golfa?

David.- Helena, por favor, no empieces.

Helena.- Si, me miraba y movía la cabeza de un lado al otro. Tronchada de risa

como cuando se tomó la ayahuasca.

David.- No te puedes echar la culpa de todo. ¿Comprendes? Anda reina, cierra los ojos y concéntrate en mí. Verás cómo te lo vas a pasar.

Helena.- La sonrisa torcida, los pelos electrificados, pero su puñetera cabeza no se olvida de nada.

David.- Helena, inténtalo coño... mi niña, ya verás no pienses en nada.

Helena.- ¿Es posible que nos vea?

David.- Sabes que si me quedo así, me pongo fatal.

Helena.- David, estate quieto. Voy a llamar a la residencia. Últimamente he descuidado mucho a la abuela.

David.- Ahora solo falta que te culpes también de lo que le pasó a Roberto. ¡joder!

Helena.- ¿Eh?

David.- Nada, voy al baño.

Helena marca el teléfono mientras se arregla. David se levanta y se dirige al baño.

Ni una estrella en el cielo. La tierra comienza a retirarse de su posición y un hilillo de la luna comienza a aparecer en la oscuridad.

XII.

Ventanal de una residencia de ancianos. La abuela de Laura en silla de ruedas.

Laura.- Avenida de la Libertad, 24. Lo pone bien grande en unos letreros. Es tan hermosa la entrada y tan luminosa. Residencia de Servicios Asistenciales. Un jardín con flores diminutas de muchos colores. La veo sentada frente a la ventana. Me mira en silencio, me dice "Te esperaba, cariño". Está sola y tiene todavía ese halo de resplandor que la hace más joven y bella. Me tiende la mano sin mirarme. "Has venido por la ayahuasca". "Es ahora cuando tenías que venir. Tienes un pacto firmado con ella." Se ríe a mandíbula batiente. "Te lo vas a pasar mejor que yo". "Te lo vas a pasar chupi", y suelta una carcajada. La miro desconsolada porque no entiendo nada, pero me entra la risa. Tiene una forma

de reír tan pegadiza. Le quiero preguntar sobre papá, pero no parece leer lo que le escribo en mi pizarra, que he sacado con esperanza de mi bolso. Mira al vacío como si algo más allá la llenase por completo. Yo repaso con su dedo, una y otra vez, mis letras blancas para ver si entiende. Mis letras que su dedo va borrando al repasarlas. Y una duda se queda en mi interior. Luego escribo los cuatro números, esos cuatro números que aparecen una y otra vez en mi cabeza. Ella me mira y me sonríe. Por un momento pensé... "La anaconda ha visto tu dolor y ha venido a reconfortarte. Escúchala. Bebe el vino de los dioses para que guíe tus energías hacia el camino correcto." No, no pienso tomar ayahuasca. Pero ella me acaricia como si no quisiera creerme. "Te lo vas a pasar chupi". Entonces recuerdo que Sergio ha tarareado una canción y trato de tararearla para mi abuela. Sé que es un canto ritual que he escuchado cuando viví en Perú con mis padres e intento repetir las primeras notas con mi garganta seca y muerta. Carraspeo. Sale apenas el inicio de la primera nota. Un carraspeo agudo. La abuela se ríe. Lo intento con la segunda. Mi abuela sonríe y la tararea asintiendo con la cabeza. Ha puesto una mano en su garganta y otra en la mía. Noto un calor enorme y la canción que se mueve dentro de mi cuerpo. Cómo te quiero abuela. Me apoyo en su regazo y escucho lo que dice sin decir nada. Si consiguiera que me hablara de papá. La enfermera me despierta porque me he quedado dormida.

La abuela ya no está y mi cabeza reposa en un sofá de la sala de espera. Me da un pañuelo para que me limpie la baba que se me ha quedado en la comisura de los labios. Te lo manda tu abuela. Me dice la enfermera. Nos ha contado que cuando eras pequeña siempre te pasaba lo mismo.

Dentro del pañuelo, la llave de un diario pequeña y delgada. Una llave que ahora mismo no sé qué puede querer decir. Algo sin importancia, seguro. Un juego de la abuela. Pero lo guardo como un tesoro. Cuando salgo, las flores diminutas de la entrada han crecido un centímetro y me sonríen.

Lo malo del tiempo es que nunca sé cuánto ha pasado.

Oscuro.

XIII.

Helena, David y Sergio. El mismo despacho de la Fundación. Camisa de lino y ayahuasca al cuello. Helena turbada. Le recuerda tanto, tanto. Esos eran otros momentos. Era la felicidad.

Helena.- ¿Quiere tomar algo?

David.- No entretengas al señor, seguro que tiene prisa.

Sergio.- ¿Qué es lo que quieren?

David.- Llegar a un acuerdo. Un acuerdo beneficioso para ambos, para usted y para nosotros.

Sergio.- Ya le dije a la señora que no me interesaba, ¿cierto?

David.- No sabe cuál es la propuesta que le voy a hacer.

Sergio.- Solo hay una cosa que me importa.

Helena.- Ya te dije, David, no hay nada que hacer.

David.- ¿Me deja terminar?

Sergio.- Disculpe.

David.- Si usted nos entrega todos los papeles que firmó el profesor y abandona la idea de decírselo a Laura, nosotros olvidamos también los pagos que se realizaron a nombre de su padre por la compra de ayahuasca, y le nombramos consejero en la Fundación como representante de las tribus amazónicas, ¿qué le parece?

Sergio.- Un despacho como éste, con estas vistas y con este mobiliario no me vendría mal.

David.- No me tome el pelo, amigo. Me estoy refiriendo a algo mucho más serio.

Sergio.- Disculpe mis pocas entendederas.

David.- ¡Escuche! Nosotros lo único que queremos es darle un puesto aquí, porque creemos en la cultura que usted representa, como lo creyó también el difunto profesor.

Sergio.- ¿Y cómo es que no se han dado cuenta hasta que he llegado aquí?

Helena.- Déjalo David, va a ser peor.

David.- Te dije que si ibas a abrir la boca, te largaras.

Sergio.- Por favor, no trate a la señora de esa manera.

Helena.- No le he pedido que me defienda. Sé hacerlo yo solita.

David.- Acepta o no acepta.

Sergio.- No, no acepto. No me interesa su Fundación, pero en cambio sí el proyecto de su hija... Y estoy seguro de que puedo ayudarla.

Helena.- Ayudarla a qué.

Sergio.- A que recuerde, por supuesto.

Helena.- ¡Cómo puede ser tan vil y tan mezquino! Cómo puede querer hacer daño a mi niña que se está portando con usted... ¡Ay David! No puedo más.

David.- Helena, por favor... Piense en lo que le he ofrecido. Es una buena oportunidad para usted, para su pueblo... en fin para todos. Pero sobre todo nos permitirá seguir con un proyecto de gran importancia para el futuro...

Sergio.- El futuro de quién, señor, de quién me está hablando.

David.- No querrá que se lo explique más claro. Le considero inteligente. Piense en las consecuencias que tendría que determinadas cosas salieran a la luz. Para usted también indudablemente. Y en cuanto al material que ha solicitado sobre la Fundación, mi secretaria le ha preparado una carpeta con todo ello. Espero su respuesta. Ésta va a ser desde ahora su casa. No le quito más tiempo. Ha sido un placer saludarle.

Sergio.- Ahora yo debo darles las gracias por su generosidad y por la información. Por su considerable ofrecimiento. ¿No es cierto? Será un reportaje muy favorable para ustedes y su Fundación, tengo que decir. Se van a sorprender. Se lo aseguro. Buen día.

Oscuro.

XIV.

Estudio. Laura, sentada en el suelo, está sacando de la bolsa de plástico negra los papeles que guardó su madre. Quiere convertirlo en un ritual. La luz le acompaña. Entra David.

Laura.- ¡¿Tú?! Se le nota en la cara enseguida que no ha podido follar con mi madre. Cuando sucede eso viene a por mí. David no es hombre de pajas, le gusta

el jadeo de una mujer en su oído. Eso le pone. Hoy no pienso abrirme de piernas para ti, cabrón.

Se acerca a Laura.

David.- ¿Qué haces, pequeña? (Laura sigue mirando papeles.) ¿Encuentras algo interesante? Ya no vienes a visitarme como antes, ni me invitas a tu apartamento. Se tumba a su lado y la acaricia. (Laura intenta apartarse.) ¡Qué listo era papá! Guardaba todo. (Intenta besarla. Laura le rechaza.) ¿Qué pasa que ahora te lo haces con el ayahuasquero y no quieres nada mío? Niña, niña, ¿qué pasa? ¿te has olvidado de mí? ¿de mis caricias? Háblame con tus manos. Son dulces y generosas. Deja eso. ¿Crees que si tu padre siguiera vivo la fundación hubiera llegado tan lejos? Había que avanzar. Sucedió simplemente. No fue culpa de nadie. (David esparce los papeles de la bolsa de basura por todo el suelo..) Échate encima, te los voy a leer todos hasta que encuentres lo que buscas. (Forcejean. David obliga a Laura a echarse. David coge uno.) ¿Qué te decía? Nada interesante. Factura un de billete de avión a Lima. (Hace una pelota con el papel y lo tira a un rincón. Besa a Laura y le desabrocha el primer botón de la camisa. Laura intenta forcejear más débilmente.) Antes te reías con mis juegos, ¿ahora no? Guardarropa. Hotel. Taxi. Un poema escrito en una servilleta. (Laura le sujeta la mano y le quita el papel.) La carta de un restaurante. En este comimos bien... (Sigue con el juego. Un botón de ella, uno suyo. Un beso o una caricia con cada nuevo papel.) Entrada a un museo. Era fanático. Hombre, primera cosa interesante: factura de compra de ayahuasca. Una cantidad considerable. (Laura le quita la factura y la guarda.) Qué te digo. Nada relevante. Más hoteles. Restaurantes. Direcciones apuntadas en servilletas. Sí, sí, éstas las guardo. Aunque tu padre luego lo pasaba todo a un diario verde infantil que tu le regalaste. ¿No te acuerdas? Uno pequeño, verde chillón. Le gustaba mucho. ¿Y qué más da? ¿Qué estás haciendo pequeña? ¿quieres hacer daño a tu madre? Mira qué guapa. Sabes quién es ésta. A papá le gustaba fotografiarte. Danos tiempo y escribirás el libro que quieras, pero ahora... Factura del tinte. Sí, papá guardaba todo. Pero a papá le gustaba sobre todo Laura. Siempre rodeado de fotos de su

niña. (Respiración agitada de Laura.)

Alguien tiene que escribir su biografía, lo haremos también. No soy un aprovechado. Pero hay que esperar un poco, nada más que un poco. Siempre le admiré, por eso cuido ahora de sus mujeres. (Le quita la camisa a Laura. Se quita la suya. La obliga a tumbarse a su lado.) No puedo olvidar tu piel suave. ¡Me encanta! ¿Quieres que siga? Extraño tu voz y no la extraño. Por eso te pregunto. Por si alguna vez quieres contestarme de nuevo. Mira... la factura de aquel caballito que te compró. ¡Qué tierno! Papi era así. No la rompo si me miras de otro modo. Si me prometes que me harás caso y dejarás a ese jodido indio de una vez. Si ese indio te toca... Otra factura de ayahuasca. A papá le gustaba mucho la ayahuasca, ¿verdad? Este papel le quieres, ¿no?

Yo te puedo ayudar con ese libro, sé más cosas de las que crees, pero deja a ese indio. Déjale. Te desea pero desea también la fundación. Mala cosa. Quiere jodernos, y joderte. Más hoteles, restaurantes, más tinte. ¿Qué tiene la ayahuasca? Aquí ya no hay nada más. Tienes la carne de gallina, pequeña. Espera que me quito el reloj. No quiero hacerte daño. Me gusta verte así, callada y sentir que los signos que haces con tus manos los escribes en mi espalda. ¿Me quieres? No me dejes de querer nunca. Prométemelo. ¿No me lo prometes?

Risas de David. Fundido de cuerpos. Oscuro

XV.

Laura revolviendo el estudio del padre. Mira entre los libros de las estanterías, algunos los coloca desordenadamente en el suelo. La bolsa de plástico negra está tirada en un rincón. Los papeles desperdigados. Mira en su cuaderno. Recuerda esos números que apuntó en la penúltima página. Cuatro números que no sabe aún qué significan. Evoca un momento en que su padre le mostró dónde guardaba una llave. Una llave. La luz del atardecer se deshace cuando Laura enciende la luz artificial. Abre los cajones de la mesa de despacho. Los vacía. Fotos de Laura se diseminan por el suelo. Laura niña, Laura adolescente, Laura hace unos años, Laura... Laura Conmovida. Reconoce esa manía de su padre que nunca entendió. Sus dedos se pasean por esa Laura niña que ella recuerda. Pegada en la parte de

abajo del cajón encuentra una llave un poco mayor que la del diario. Laura la despega y la guarda dentro del pañuelo junto con aquella que le dio su abuela. En su cabeza ese diario verde que le ha recordado David. Apaga la luz y la noche penetra como si hubiera venido a llevarse algo. Un pensamiento se le cruza por la cabeza, un pensamiento que le duele y se acurruca en el suelo para tratar de olvidar. Se acerca a la estufa y comprueba que está apagada. ¡Cómo iba a estar! La brisa que penetra por la ventana mueve los papeles como si fueran las hojas de un diario que pasan velozmente.

XVI.

David.- Nada, no he conseguido sacarle nada. Incluso creo que se indio le encanta. Y estoy seguro de que sabe algo que no nos dice. Tienes que hablar con ella.

Helena.- No.

David.- No queda otro remedio, tienes que hablar.

Helena.- Si ya lo sabe no creo que pueda mirarla a los ojos. Me da miedo.

David.- Explícale que tu no tuviste nada que ver, que fue Roberto. El bueno y santo de Roberto. Menudo avaricioso.

Helena.- ¡Cállate David...!

David.- (La besa en el cuello) Pero ahora soy yo el que quiere lo que tenía Roberto, así que vete a hablar con ella, ¿me has entendido?

Helena.- No puedo. No sabría qué decirle. Definitivamente, no.

David.- Te he traído un recuerdo. (Le enseña una foto de Laura de las que hacía el padre) Están por todo el despacho. No te puedes hacer idea de cuántas tenía. Ésta me la regaló Laura.

Helena.- Eres un cerdo.

David.- Está guapa. No sería que a Roberto le gustaba su hija. No te enfades. Vete y dile la verdad si no la sabe aún. Y controla lo que va a hacer. Estará muy herida. Yo lo estaría desde luego.

Helena.- ¿Por qué ahora? Déjalo para mañana, para pasado... quizás nunca.

David.- Porque los números que tenía Laura son de un apartado de correos de la sucursal que hay cerca del despacho de Roberto. Si hay un apartado de correos, hay una llave y si hay una llave, es posible que Laura la esté buscando en estos momentos.

Helena.- Una llave, un apartado de correos. Se te olvida que el indio ese es el peligro. Los papeles, los malditos papeles.

David.- De eso me encargo yo. Tú habla con Laura. Sonsácala. Y mira a ver qué ha hecho con ese cuaderno de Roberto. Con este perfume estás irresistible.

Helena.- Voy a ir a ver a la abuela primero. Estuvo con ella. Algo la debió decir esa vieja de mierda. Te juro que la mato. Luego me voy al estudio. Y espero... espero... Esto no se va a terminar nunca.

David.- Ten cuidado. No te pases. Cuando estás encendida...

Helena.- Es mi hija, ¿recuerdas? Sé lo que tengo que hacer. Tú consigue los papeles. Eso, los papeles.

David.- No dejes que se te acerque ningún moscón. Pierdes el tiempo, mi amor, solo a mi me gustas así. Como de plástico.

Helena se coloca los guantes, finos, como si fueran su segunda piel. Murmura "imbécil".

XVII.

Laura tumbada en un círculo de ayahuasca. Sergio canta y mueve unas hojas alrededor del cuerpo de Laura.

Laura.- El camino es largo y sinuoso. Cabalga encima de un jaguar que va corriendo por la selva. Un rayo de luz brillante atraviesa todo mi cuerpo y de un salto me subo a la copa más alta de un árbol. Soy apenas una niña salgo de una cabaña y corro hacia papá. Mi mente viaja sin que yo la guíe. La quiero parar, que no piense. No quiero estar en la selva. Oigo un murmullo de Sergio.

No se puede ir contra la ayahuasca. No se puede ir contra la ayahuasca. Tengo miedo de ver a mi padre. Me toma en sus brazos y me besa. Mis piernas se relajan. Damos vueltas en el aire. Mi corazón se llena de selva, de humedad, de verde. Todo se funde y se separa, se funde y se separa como en un calidoscopio.

Es interminable. Miles de llaves caen del regazo de mi abuela. Mi padre coge una y la guarda. He visto como la abuela se convertía en serpiente y me hacía una señal en la boca. Mi boca sellada con aureolas de colores. Mi boca silenciosa. Pero allí oigo mi voz, mis palabras que brotan sin pudor. Un nombre que se ahoga en mi boca. El jaguar ha vuelto a por mi. Su sombra cae como la noche sobre mi cuerpo y siento que caigo en un vacío que da vueltas. Mamá abre sus piernas mientras yo la pido que no me deje sola por la noche en su cama. No puedo recordar ese nombre. El de un niño que me da la mano. No muevas más la ayahuasca. No quiero escuchar el sonido de sus hojas secas. Tengo frío. Quiero vomitar. Mi cuerpo se llena de pasado y expulsa una gran arcada de recuerdos podridos y enquistados. Pero mi voz no regresa. Un gusano sale de mis entrañas mientras Sergio me acuna y me canta nuevamente esa canción. ¡Sergio! Papá yace en el suelo. Dos, seis, nueve, ocho. Mis manos tiemblan. Mi abuela me ha cogido de la mano y me ha serenado. Su luz primaveral me ha recordado un anuncio de perfumes. Un vendaval de flores que me arrulla, un colchón de pétalos. El día ha comenzado brillante muy brillante y luminoso. He probado el otro lado. ¡Por fin! El otro lado.

Luces de colores resplandecientes que dibujan motivos geométricos alumbran toda la habitación. Un calidoscopio gigante que se mueve despacio. Sergio sentado, sujeta el cuerpo de Laura. Lo arrulla. Lo canta. Lo serena. Oscuro lento.

XVIII.

Sergio y David en el despacho de Helena de la Fundación. David bebe un güisqui. Sergio permanece de pie sin tomar nada, mirando en el horizonte los edificios de la ciudad.

Sergio.- Qué sacaría a cambio.

David.- Qué es lo que quieres.

Sergio.- La mitad de la Fundación y todos sus ingresos.

David.- ¿Cómo?

Sergio.- Es lo justo, ¿no es cierto? El silencio es muy caro.

David.- ¡Pero eso es una locura! ¿No lo estás diciendo en serio?

Sergio.- Elija.

David.- Son sólo unos papeles de mierda.

Sergio.- Vitales para su fundación. Sus becas, su museo.

David.- ¿Para qué coño necesitas tanto dinero?

Sergio.- ¿Y usted?

David.- Bueno...

Sergio.- Yo lo mismo.

David.- Hemos trabajado mucho en esta Fundación. ¿La mitad, dices? ¿La mitad?

No, ni pensarlo

Sergio.- No le queda mucho tiempo. (Le enseña una llave) Es de un apartado de correos. Muy interesante. Dos, seis, nueve, ocho. Bueno, ésta no es, obviamente. Ésta es de mi valija.

David.- ¿Cómo te has enterado, cabrón?

Sergio.- Tome, se la regalo mientras piensa.

David.- No necesito pensar nada. Me parece una locura. Eres un sinvergüenza.

Sergio.- Bueno, no tenemos nada más que hablar, ¿no es cierto? Hay gente interesada en estos papeles

David.- Espere, la mitad me parece excesivo

Sergio.- No hay otra posibilidad.

David.- ¿Qué es lo que pretendes conseguir?

Sergio.- Lo que me pertenece

David.- ¿Hasta cuando tengo de tiempo?

Sergio.- Hasta mañana.

David.- ¿Hasta mañana?

Sergio.- Lo siento, estoy apurado. Qué pase buen día. Dele saludos a Helena de mi parte.

Tendrá noticias mías enseguida. No se olvide de mí.

XIX.

La abuela en la residencia comienza a hablar en voz alta y a reírse.

Abuela.- ¡Laura, Laura! ¿has visto la boa que desciende por tu cuerpo? ¡Es Nañe! Tu madre se folla a David mientras tu padre mira por el ventanal de mi residencia. "Ha pasado otro año. Otro año para mi niña", me dice con la mirada nublada. "La decisión es la muerte porque ya no hay salida. No he sabido hacerlo bien". Es la última vez que me acaricia las manos. Él no me entendió cuando le dije. ¡Es Nañe! La sabiduría. Esos mil colores que se meten de pronto por tu cuerpo, te guiarán a la luz. Tú me entiendes, ¿verdad niña? Tú sí me entiendes.

Una enfermera aparece y la pone una mordaza. La vieja se ríe sin importarle mucho lo que le están haciendo. Su pelo se eriza, da calambre a la enfermera que se toca las manos molesta. La abuela cae desmayada.

Oscuro.

XX.

Estudio del padre. Laura sentada en el suelo mirando al vacío con una foto entre las manos. Sergio a sus pies, la acaricia.

Sergio.- Habla Laura. Mientras te duró la ayahuasca, hablaste. Dijiste un chingo de cosas raras.

Repetiste el nombre de tu papá una docena de veces. Dos, seis, nueve, ocho Me viste. Nos encontramos nuevamente en la selva, ¿recuerdas? Se te quedó el cabello como el de tu abuelita. Sí, no te rías, encrespado y con luz. Debe de ser de familia. Lo siento. No quería que te enterases así, no quedó otro remedio. ¿Ves la foto? Estuvimos juntos todo el tiempo y te gustó.

Habla, Laura. Hablaste de un cuaderno verde. Un apartado de correos. Un número. ¡Por Dios, Laura, casi me vuelvo loco! Una llave entre otras muchas. ¿Dónde Laura? No encontré nada. He recorrido tus pensamientos y no he encontrado nada. ¿Dónde está ese cuaderno? Un cuaderno verde y dos llaves. Te ayudaré. Nañe es la sabiduría. Te ayudaré.

Laura.- Aya-huas-ca, aya-huas-ca...

Sergio.- Sí, eso es, ayahuasca. ¡Laura! ¿Es tu primera palabra? No tienes que decir nada más... Despacio. Anda, bebe agua. Te vendrá bien. Confía en mí.

Laura.- Papá. Estaba en el suelo. Cuatro números: dos, seis, nueve, ocho; susurraba. Los números que se me aparecían en mis sueños.

Sergio.- Ven descansa. Quizás ahora no quieras hablar más.

Laura.- Lo sentí aquí. Aquí. Pero llegué tarde. Lo había visto en sus ojos y solo lo entendí cuando ya estaba muerto.

Sergio.- ¿De qué hablas?

Laura.- Me agarró en sus brazos y me besó.

Sergio.- ¿Es la muerte de tu padre? ¿Es eso lo que me quieres contar?

Laura.- Una maldición. Mi lengua se paralizó. La de la abuela no paraba. Un papel en su mano que no abrí.

Sergio.- ¡Shh! ¡Shhhh! Descansa. El viaje aún no ha terminado.

Laura.- Llévame con ella. (Saca de su bolsillo el pañuelo con las llaves y se lo tiende a Sergio, las llaves caen al suelo de entre el pañuelo) Lo demás está aquí.

Sergio.- Toma, bebe un poco más. Un poco más. ¡Bebe mi niña! Ahora necesito el cuaderno. Bebe para que recuerdes todo.

Laura.- ¿Otra vez? No podría otra vez. No podría. No, no me des más.

Sergio.- De una puta vez echas todo. Vuela de nuevo hacia la selva. Tu y yo contigo.

Laura.- Te lo vas a pasar chupi. (Se ríe)

(Laura canta, Sergio canta.)

Sergio.- Tienes una voz preciosa. (la besa) Preciosa.

Laura se acurruca en Sergio. Mientras su cuerpo se contrae con convulsiones rítmicas. Sergio sigue cantando la misma melodía de las otras veces.

Oscuro.

XXI.

Helena en la residencia. La abuela está sentada en la silla de ruedas con la cabeza reclinada en uno de sus hombros. No se mueve. No mira. Casi no respira.

Helena.- ¿Qué le ha dicho a la niña? ¿Le ha dicho algo? Las enfermeras me han avisado de que estuvo aquí. Le prohibí que la viera. Que le dijera nada. Está muy delicada. Mucho. No le traeré mas ayahuasca si sigue haciendo el tonto. Se lo prometo. ¿Qué pasa? ¿No me va a contestar? Ya me lo dirá cuando no se haga esos viajecitos por la selva. Ni vea a su hijo. Y le advierto que si sigue pensando esas cosas de mi, esas cosas que me llegan cuando, cuando... le digo a las enfermeras que no la dejen mirar por la cristalera. En su cuarto encerrada el puto día. ¿Qué le parece? ¿Me ha entendido? ¿Me ha entendido? ¡Míreme de una puñetera vez!

Abuela.- La ayahuasca es la bebida preferida de los dioses, de los chamanes, de los elegidos. ¿Acaso tú eres un dios o un chamán o un elegido? (Mira a Helena, desafiándola. Finge que llora.)

¡Que se vaya, que se vaya, que se vaya! ¡Me quiere pegar!

Le arranca el bolso a Helena. Caen las cosas que lleva dentro, entre ellas una jeringuilla con su aguja y líquido dentro. Helena la recoge rápidamente. Aparece la enfermera y echa a Helena para calmar a la abuela con un sedante.

XXII.

Laura tirada en el suelo con unas fotos a su alrededor y una en su mano. No acaba de pasar el efecto de la ayahuasca. Helena con una toallita de olor en la nariz.

Helena.- Laura, Laura... Este hijo de puta te ha puesto hasta arriba de ayahuasca, ¿verdad? ¡Hija! Y luego se ha ido, ¿no? Has vomitado el mundo entero. Menudo olor. (Tira de la cadena) Hija, ¿me oyes? Ya me han dicho que has ido a ver a la abuela. ¿No te dije que no fueras? La dejaste totalmente alterada. La han tenido que cortar el pelo al uno porque cuando la peinaban se encrespaba y les daba calambre. Casi me dicen que me la tengo que llevar del escándalo que ha montado. Hija, ¿estás bien? ¿Quién te ha dado esas fotos? ¡Dios mío! ¿De dónde han salido estas fotos? Ya las había olvidado. ¡Ay... tu padre! Menuda dosis te ha debido meter el cabrón ese. No sé la cantidad de horas que llevas tirada

aquí sin moverte. ¡Hija! No me asustes. ¡Despierta! (Paralizada por la fotos) ¡Dios mío! ¿Te ha contado algo?

Laura tira de ellas cuando nota la mano de su madre.

Laura.- (Todavía por signos muy lentos.) Son mías. He paseado por todas ellas. He visto a papá. Me ha susurrado muchas cosas. Cosas que tú sabes y no me has dicho. Me besó. Déjame en paz, mamá. ¡Vete!

Laura arruga las fotos contra su cuerpo y suelta un gruñido ronco y profundo. Madre e hija se miran.

Helena.- ¿Qué estás diciendo, hija? Laura, niña, cuéntame qué has visto. (Le acaricia.)

Qué te ha dicho tu padre.

Laura gruñe otra vez y se guarda las fotos.

Helena.- Estate quieta Laura. No me asustes. ¿lo estás haciendo tú? ¿Estás haciendo tú ese gruñido? Me das miedo. Dame esas fotos que ya no sirven para nada y vamos a ducharte, hueles, hueles...

Laura gruñe de nuevo con más fuerza, irguiéndose un poco. Helena retrocede asustada.

Laura.- (por signos y con palabras) Sergio era un niño cuando nos conocimos en la selva. ¿Ves esta foto? No me lo habías dicho, ¿verdad? Un ritual de ofrendas, ¿recuerdas? Pero la ofrenda era yo... Una foto cada año. ¿Cuál te gusta más? En cuál salgo mejor para dejar contentos a los compradores Dime en cuál. Cuando era adolescente estaba horrible, ¿no crees? Con palabras. ¡Eres una hija de puta!

Helena.- ¡Laura, ¿hablas?! ¡¿Hablas ya, cariño?!

Laura.- "Eres ayahwasca". Me ha dicho. ¡Soy ayahwasca! También me lo dijo la abuela. Nadie me explicó el significado de eso. Y yo como una idiota creyendo

que era algo sublime Y soy suya. ¡Suya! ¡Qué quiere decir que soy suya!? ¿Qué me has hecho? ¡Mamá!

Laura gruñe rabiosa a cuatro patas y se acerca hacia su madre.

Helena.- Hija, yo... Fue idea de tu padre. Ese chamán sabía todo sobre la ayahuasca. Era formidable. En una de las sesiones... Acaríciame la mano, como haces cuando te enfadas conmigo. (La araña) ¡Hija! ¿Qué me has hecho? Tu padre pensó que con el dinero que les íbamos enviando...
¿Has visto qué rápido voy hoy con las manos? He practicado mucho últimamente. Quiero que nos entendamos bien. Aunque ahora, ahora ya no lo necesitas.
¡Hablas por fin! Hija, yo no quería...

Laura gruñe a cuatro patas y se acerca un poco más a su madre. Helena se sienta en el suelo abatida. Laura da vueltas a su alrededor. Sonidos y pisadas de un jaguar en la selva. Calor sofocante y húmedo. Helena cierra los ojos y se tapa los oídos con las manos.

Helena.- ¡Hija! Tal vez ahora lo entiendas. Monté en el jaguar y vi la selva al anochecer.

Olía como nunca. El cuerpo se me abrió y sentí que el mundo se convertía en un lugar brillante, lleno de colores azules, amarillos y rojos, donde el presente y el futuro se mezclaban y podías vivir ambos a la vez. Volaba. Fue entonces cuando dije que sí. Sí, sí, sí... qué me importaba lo que sucediese si tenía a la ayahuasca. Sí, dije una y otra vez. ¡¡¡Sí!!!! Tu padre se echaba sobre mi y recorríamos la selva en una noche. ¡Dios mío era fantástico!

Laura rodea a su madre con sus gruñidos y comienza a arañarla.

Laura.- ¿Y yo? ¿En qué lugar de la selva me he quedado yo? Yo, yo, yo, yo... me he quedado pequeña y pérdida

Helena.- Lo siento, hija. Quería volar todos los días. Quería sentir al jaguar dentro de mi cuerpo. ¿Me entiendes? Tú hubieras hecho lo mismo. Una anaconda

de colores amarillos, verdes, azules que se enroscaba sobre mí. ¿Qué podía hacer?

Laura.- Yo también he volado, mamá. Y desde arriba veía como el jaguar acababa contigo. Yo me reía, no sé por qué. Me reía, y me odiaba al mismo tiempo por eso. He sentido que ya no te podía volver a querer.

Helena.- ¡Qué dices, pequeña! Estás trastornada. ¿Cómo puedes pensar esas cosas tan terribles? Soy, soy tu madre... pequeña. soy tu madre.

Laura.- No te acerques. No quiero que me toques nunca más. Solo recibirás de mí una de estas fotos por mi cumpleaños. Fíjate todas las que hay.

Helena.- Perdóname, hija. Escúchame, si le quito los papeles a ese cerdo no tendrás que casarte con él.

Laura.- No me toques. Tu y papá me vendisteis por un poco de ayahuasca.

Helena.- ¡¿Por un poco?! Vas a ser rica, querida.

Laura.- La escupe. Vuelve a hablarle por señas. Entonces, todo me pertenece, lo tenéis gracias a mí. No te acerques más.

Helena.- (Tropieza con un reloj) ¿Qué hace aquí el reloj de David?

Laura.- (Sorprendida. Se lo dice mediante signos) Vino a follarme. Lo hace cuando no ha logrado correrse a gusto contigo.

Helena la pega un bofetada. Laura se ríe. Helena saca de su bolso un frasco de ayahuasca y obliga a Laura a tomárselo. Laura no opone resistencia, está muy débil, tararea la canción que le enseñó Sergio. Cae al suelo como fulminada.

Helena.- ¡Hija! ¡Laura! ¡Mi vida! (Por señas) Te quiero pequeña. (Respira hondo. Guarda el frasco de ayahuasca en su bolso.) Doctor, soy Helena de Zúñiga. Mi hija Laura, ha tenido una recaída. Mande una ambulancia al estudio. ¡Deprisa, por favor! Y llame a la policía, se lo ruego, yo, yo... estoy muy nerviosa, se ha provocado un pequeño incendio.

Mientras habla por teléfono, registra las ropas y bolsillos de Laura por si encuentra algo. Vacía su bolso y encuentra el cuaderno, pero no encuentra nada apuntado. Enciende una cerilla y la echa donde hay mayor concentración de

papeles. Tira también el reloj de David y el cuaderno de Laura. El fuego comienza a propagarse rápidamente. Sirenas de ambulancias y bomberos. Helena se sienta al lado de Laura colocando su cabeza entre sus brazos y espera imperturbable con un pañuelo en la boca. Las llamas avanzan.

Oscuro.

XXIII.

Despacho de la Fundación: David, Helena y Sergio. Frente a ellos la cristalera de la residencia: Laura y la abuela les miran, comprendiendo.

Helena.- La han puesto junto a la abuela, frente a la cristalera. No ha querido despedirse de mi. Una caricia y ni me ha mirado. Si supiera lo que la quiero no se pondría así, ¿no crees? Todos los días la saludo desde aquí y sé que me ve.

Sergio.- Dos de las llaves no sirven. Un apartado de correos vacío. No sé si me creyó. Era cuestión de convencerla, nada más. Vacío, te lo aseguro. Pero ella ya me estaba acariciando. Papeles que no servían para nada. Y me miró con una sonrisa tan cerca de mis labios que no lo pude resistir. Yo pensaba en Laura: tengo que cuidarla. Tal vez, tal vez ella... esa mirada... pero ahora, ahora no sé.

David.- Helena, escucha, has firmado y todo ha sido un fraude, mi reina. Rompe de una vez los papeles. ¿No te das cuenta que quiere quedárselo todo?

Helena.- Cuéntame otra vez esa historia, es preciosa. Con esas palabras tuyas. Con esa canción que tanto me recuerda. Volemos nuevamente juntos. No quiero que la vayas a ver. Prométemelo. La saludamos desde aquí. A Laura le gustas mucho.

David.- Entre los papeles mi reloj y la mirada burlona de Helena. Seré idiota, ¿cómo pude olvidarlo? ¿No me vas perdonar?

Sergio.- Toma, lo que queda de tu reloj. Estaba en el estudio. Entre las cenizas. La policía quiere hablar contigo. Encontraron tu semen en su cuerpo, ¿por qué? ¿por qué? ¡Cabronazo!

David.- Tú le crees, Helena, crees que va a ser como yo, dócil y obediente. Las llaves que trajo eran de un apartado de correos vacío. ¿Y te lo crees? ¿Dónde está lo que había? ¿Un apartado de correos para papeles sin importancia? Roberto no

era así.

Helena.- ¿Tienes envidia por no haberlas encontrado tú? Había papeles, Roberto guardaba todo, ¿qué querías encontrar? Déjame. Y no se te ocurra defenderla. Allí con la abuela estará a salvo, ¿entiendes? entre cristales, hasta que esté bien de nuevo.

David.- He empezado a escribir en un diario pequeño que guardo debajo del colchón de mi cama.

Un diario como el que alguna vez comenzó a escribir Roberto. No sé qué puede pasar luego.

Sergio.- Helena, una fundación es como una tribu, cada uno cumple su papel y al que no sirve, se le echa. ¿Cuál es el tuyo? Sí, tu papel, tu papel, ¡preciosa!

Helena.- Me gusta tu pelo lacio y tu sonrisa Y esa forma de llamarme señora. Llévame otra vez a la selva. (Besa a Sergio.)

David.- ¡Espera! ¡No hagas eso! ¿Así es como pagas la fidelidad de tantos años?
Oscuro largo

XXIV.

Sergio de traje y corbata entra en la residencia de servicios integrales. Flores y bombones como agasajo. Besa a Laura y a la abuela.

Sergio.- Desde esta cristalera todo parece de mentira. Pero no. Sé que todos los días me estás mirando. Yo también miro hacia aquí y en algún punto nuestros ojos se encuentran. Laura, estás más linda que nunca. Te he traído un regalo. Tu madre te manda recuerdos y me pide que te diga que el libro sobre la ayahuasca te está esperando. Os prometo que traeré más flores. Laura, ten paciencia, dentro de nada podrás salir de este lugar. Te lo prometo. Si eres buena, te traeré más. Le canta la canción. Laura le mira y le sonrío.

Abuela.- (Cogiendo un bombón) ¿Sabes lo que tienen dentro?
Oscuro.

Epílogo

Un pequeño espacio iluminado tenuemente. Laura y la abuela en la Residencia

ambas sentadas en sillas de ruedas mirando por el enorme ventanal. La abuela tira de la caja de bombones y debajo se encuentra su pañuelo con dos llaves dentro y un diario infantil verde. Laura lo mira como si recordase algo. La abuela se lo da entusiasmada. Laura lo huele, lo abre con su llave. Comienza a leer. Ambas sonríen. La abuela tararea la canción.

Laura.- ¡Abuela, abuela! ¡Gracias! Cuando él me miró la primera vez, sentí que la sangre me ardía. El sonido de la ayahuasca me trajo recuerdos que no sé donde estaban alojados

Todo estaba aquí. Cerca de mí. A mi lado. ¿Te das cuenta?

Abuela.- Sí. Ahora sí nos lo vamos a pasar chupi... (Ambas se comen un bombón.)

Así es como termina y empieza todo. (Mirando por la ventana.) Por fin nieva en esta maldita ciudad.

Oscuro final

Inmaculada Alvear. Correo electrónico:

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Marzo 2006

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar